

Romeo y Julieta

William Shakespeare

PERSONAJES

1. FRAY LORENZO. CAMPOS ROCHA.
2. ROMEO. ÁLVARO OCAÑA.

Escena III

(Celda del hermano Lorenzo. Entra éste con una cesta.)

FRAY LORENZO. La mañana, de grises ojos, sonrío sobre la tenebrosa frente de la noche, incrustando de rayas luminosas las nubes del Oriente. Las lánguidas tinieblas, tambaleando como un ebrio, huyen de la ruta del día y de las inflamadas ruedas del carro de Titán. Antes, pues, que la roja faz del sol traspase el horizonte para vigorizar la luz y seque el húmedo rocío de la noche, fuerza es que llenemos esta cesta de mimbres de nocivas plantas y de flores de un jugo saludable. La tierra es la madre y la tumba de la naturaleza; su antro sepulcral es su seno creador, del cual vemos surgir toda clase de engendros, que de ella, de sus maternales entrañas, se nutren, la mayor parte dotados de virtudes numerosas, todos con alguna particular, ninguno semejante a otro. ¡Oh! ¡Grande es la eficaz acción que reside en las yerbas, las plantas y las piedras, en sus íntimas propiedades! Porque nada existe, tan despreciable en la tierra, que a la tierra no proporcione algún especial beneficio; nada tan bueno, que si es desviado de su uso legítimo, no degenera de su primitiva esencia y no se trueque en abuso. Mal aplicada, la propia virtud se torna en vicio y el vicio, a ocasiones, se

ennoblece por el buen obrar. -En el tierno cáliz de esta flor pequeña tiene su albergue el veneno y su poder la medicina: si se la huele, estimula el olfato y los sentidos todos; si se la gusta, con los sentidos acaba, matando el corazón. Así, del propio modo que en las plantas, campean siempre en el pecho humano dos contrarios en lucha, la gracia y la voluntad rebelde, siendo pasto instantáneo del cáncer de la muerte la creación en que predomina el rival perverso.

(*Entra ROMEO.*)

ROMEO. Buenos días, padre.

FRAY LORENZO. *¡Benedicite!* ¿Qué voz matinal me saluda tan dulcemente? - Joven hijo mío, signo es de alguna mental inquietud el despedirte tan temprano del lecho. El cuidado establece su vigilancia en los ojos del anciano; y donde el cuidado se aloja, jamás viene a fijarse el sueño: por el contrario, allí, donde se extiende y reposa la juventud, exenta de físicos y morales padecimientos, el dorado sueño establece sus reales. Así, pues, tu madrugar me convence que alguna agitación de espíritu te ha puesto en pie; de no ser esto, doy ahora en lo veraz. - Nuestro Romeo no se ha acostado esta noche.

ROMEO. Esa conclusión es la verdadera; pero ningún reposo ha sido más dulce que el mío.

FRAY LORENZO. ¡Perdone Dios el pecado! ¿Estuviste con Rosalina?

ROMEO. ¿Con Rosalina? No, mi padre espiritual. He olvidado ese nombre y los pesares que trae consigo.

FRAY LORENZO. ¡Buen hijo mío! Pero al fin, ¿dónde has estado?

ROMEO. Voy a decírtelo antes que me lo preguntes de nuevo. En unión de mi enemiga, me la he pasado en un festejo, donde improvisamente me ha herido una a quien herí a mi vez. Nuestra común salud depende de tu socorro y de tu santa medicina. Viéndolo estás, pío varón, ningún odio alimento cuando al igual que por mí intercedo por mi contrario.

FRAY LORENZO. Sé claro, hijo mío; llano en tu verbosidad. Una confesión enigmática sólo alcanza una ambigua absolución.

ROMEO. Sabe, pues, en dos palabras, que la encantadora hija del rico Capuleto es objeto de la profunda pasión de mi alma; que mi amor se ha fijado en ella como el suyo en mí y que, todo ajustado, resta sólo lo que debes ajustar por el santo matrimonio. Cuándo, dónde y cómo nos hemos visto, hablado de amor y trocado juramentos, te lo diré por el camino; lo único que demando es que consientas en casarnos hoy mismo.

FRAY LORENZO. ¡Bendito San Francisco! ¡Qué cambio éste! Rosalina, a quien tan tiernamente amabas, ¿abandonada tan pronto? El amor de los jóvenes no existe, pues, realmente en el corazón, sino en los ojos. ¡Jesús, María! ¡Cuántas lágrimas, por causa de Rosalina, han bañado tus pálidas mejillas! ¡Cuánto salino fluido prodigado inútilmente para sazonar un amor que no debe gustarse! El sol no ha borrado todavía tus suspiros de la bóveda celeste, tus eternos lamentos resuenan aún en mis caducos oídos. El seco rastro de una lágrima, no llegada a enjugar, existe en tu mejilla, helo ahí. Si fuiste siempre tú mismo, si esos dolores eran los tuyos, tus dolores y tú a Rosalina sólo pertenecían. ¿Y te muestras cambiado? Pronuncia, pues, este fallo- Dable es flaquear a las mujeres, toda vez que no existe fortaleza en los hombres.

ROMEO. Me has reprobado a menudo mi amor por Rosalina.

FRAY LORENZO. Tu idolatría, no tu amor, hijo mío.

ROMEO. Me dijiste que le sepultara.

FRAY LORENZO. No que sepultaras uno para sacar otro a luz.

ROMEO. No amonestes, te lo suplico: la que amo ahora me devuelve merced por merced, amor por amor; la otra no obraba de este modo.

FRAY LORENZO. ¡Oh! ¡Bien sabía ella que tu amor decoraba su lección sin conocer el silabario! Mas ven, joven inconstante, ven conmigo: una razón me determina a prestarte mi ayuda. Quizás esta alianza produzca la gran dicha de trocar en verdadera afección el odio de vuestras familias.

ROMEO. ¡Oh! Partamos; me hallo en urgencia extrema.

FRAY LORENZO. Tiento y pausa. El que apresurado corre, da tropezones.

(Se marchan.)